Fiesta de la Santísima Trinidad
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos caminado con el Señor durante toda la Pascua, todo el camino de la Cuaresma y estos domingos que hemos reflexionado sobre la Resurrección del Señor y su compañía y nuestra entrada en el Señor mismo para que a todos nos vaya resucitando. Y, hoy día, concluimos, en este camino después de haber recibido el Espíritu Santo, con la Fiesta de la Trinidad, porque es la culminación de todo un camino que nos expresa también a todos, cómo vamos a seguir ese camino y, finalmente, vamos a participar de la Gloria de Dios, de la plenitud de Dios, que está expresada en eso que Jesús predicó, el Reino de Dios.

Y ese Reino de Dios está conformado por la revelación de que Dios no es un Dios solitario, sino solidario, es decir, es una familia. Y vamos a participar de esa familia de amor eterno, en donde el Padre, amando al Hijo, y el Hijo al Padre, hay un Espíritu entre los dos que está irradiado en todo lo que Dios creó. Venimos del Padre, caminamos en el Hijo, y Él nos conduce, en el Espíritu, hacia el Padre.

Nuestro destino final es participar del amor pleno de Dios, por eso es que, cuando fuimos creados, dice la Biblia, “Dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y para semejanza nuestra, y así fue, a imagen suya los creo, macho y hembra los creo”. Y ese ser semejantes a Él no es endiosarse, sino participar hondamente del amor de Dios, del amor de esta familia que es el fundamento de todo.

Y cuando ha sido revelado al mundo esto, ha sido solamente con la intención de que sepamos que siempre hay esperanza y

que, por lo tanto, estamos llamados todos a crecer en ese amor. Por eso, no nos cansaremos en la Iglesia siempre de caminar en ese amor, dialogando y formando una comunidad en la cual nos entendamos, participemos, no nos generemos individualistamente y cada uno vaya por su lado haciendo divisiones y destrucciones ni en la humanidad ni en la Iglesia.

Por eso, hoy día, el texto que tenemos del Evangelio (Jn 3, 16-18), habla del amor que el Señor ha tenido por todo el mundo, por el Mundo que Él creó, en donde, evidentemente, en la libertad que lo creó, han sucedido cosas tremendas en donde la libertad del ser humano se ha rebelado contra el amor de Dios. Pero cuando dice aquí: *"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su unigénito para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna"*, nos está diciendo que no despreció al mundo por pecador, sino que lo siguió amando, lo siguió acompañando, tratando de que cada uno pueda abrirse a creer en esta experiencia vital y verdadera del amor, y que a la vez, nosotros le llamamos la Verdad acerca de la vida y de la creación.

Estamos llamados a la vida eterna, que no solamente es la otra vida. La vida eterna comienza aquí porque empieza aprendiéndonos a amar mutuamente, como Jesús nos enseñó a hacerlo, cosa que es difícil, pero no es imposible porque, justamente, en el fundamento de nosotros está la capacidad de amar. Por eso, todos estamos hechos "para adelante", por eso somos hechos para mirar al Otro. No somos hechos individualistamente, encerrados en nosotros mismos. Podemos encerrarnos si lo queremos, pero va contra nuestra naturaleza. Nuestra naturaleza es la creada por Dios, que es la apertura, el diálogo, la conversación, el esclarecimiento, no el encerramiento mezquino que trata de simplemente de hacer lo que le da la gana, de imponerse sobre los demás, de hacer rabietas... ¡no! Nosotros somos hechos para ser felices amando y compartiendo.

Por eso, hoy día, en la Carta de San Pablo a los Corintios (2 Co 13, 11-13), se dice: *"Alégrense, estén siempre alegres, trabajen por su perfección, anímense mutuamente"*. Aquí la perfección no es la del cuadrado ni la del triángulo, no es esa perfección geométrica, es la plenitud de la experiencia del amor que tenemos que aprenderla juntos.

"Tengan en sí un mismo sentir y una vida en paz. El Dios del amor y de la paz estará con ustedes. Salúdense con el beso santo". Esto es una cosa linda, porque ustedes se dan cuenta que, en el momento más difícil de la vida de Jesús, Judas los saluda con un beso. Y Jesús le dice: *"Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?*

El beso, que es un signo de cariño, es usado para traicionar. Sin embargo, el Señor simplemente le recuerda que está actuando mal para que corrija. Hasta el último momento le da una oportunidad. Ese es nuestro Señor, que tiene paciencia con nosotros y nos ha llamado, justamente, para que esa paciencia transforme el mundo.

Esto es muy duro y exigente, hermanos, porque a veces, en esa paciencia, pues hay cosas que algunos aprovechan para usar la paciencia de los demás y aprovecharse. Pero también, nosotros, estamos llamados a interrogarlos, como hace el Señor, y sobre todo, hoy día, estamos muy necesitados porque recordar que Dios amó al mundo totalmente, es recordar que, en realidad, todos estamos llamados a salir de nosotros mismos de situaciones tan difíciles en donde las cosas se han complicado muchísimo en el mundo, y en donde el egoísmo parece prosperar; pero persiste el Señor una y otra vez: *"Amó tanto Dios al mundo, que entregó a su Hijo único".*

Este es el signo que nos ha dejado para resolver todos los problemas de la humanidad: aprender a ser hermanos. Por eso, hoy día estamos felices, porque el Señor nos revela que nuestro destino es también nuestro origen. Y que ese origen ha

plasmado en nosotros esa capacidad inagotable de amar, que la vemos en muchas personas. Hay personas que son muestra de la Trinidad, muchas mamás, por ejemplo, muchas personas que han dado su vida completamente por nosotros. Y ese aprendizaje, que es duro y difícil, lo podemos ir logrando si es que nos dejamos llevar por el Espíritu que nos inunda, y que es el mismo espíritu del Padre, y es el que nos reveló Jesús con su entrega generosa hasta la muerte y muerte de Cruz.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, vamos a pedir por todas las personas que están buscando reparar heridas, que están en situaciones difíciles, y también por todos los que, siendo pecadores, tenemos una serie de límites y necesitamos superarlos. Pero pensemos también en las personas que han sufrido la muerte, han sufrido el maltrato y la destrucción. El Papa Francisco ha dicho que este mes lo dediquemos a orar por todas las personas que han sido torturadas y maltratadas en el mundo y continúan siendo maltratadas.

¿En virtud de qué hacemos esta oración? De que la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu, nuestro Dios verdadero que es Uno pero que es una comunidad, nos llama a restañar heridas y enjugar lágrimas. Por eso, animémonos porque este Dios que se nos ha revelado Jesús, nos está siempre animando a recomponer este mundo con su amor, y nos sitúa ante situaciones adversas que hemos de resolver con la maravilla de su paciencia.

Amén.